

# GREGORIO JAVIER: LA LITERATURA PREOCUPADA

RAMÓN JIMÉNEZ MADRID

Es la tercera vez que me acerco a la obra de este escritor caravaqueño que, junto con Miguel Espinosa, componen el dúo sobre el que se ha asentado la narrativa caravaqueña en la posguerra española, tal como manifiesta acertadamente Juan Manuel Villanueva en un trabajo sobre los autores de esta tierra<sup>1</sup>.

Andaba yo, pionero de los estudios narrativos en Murcia, en los años finales de los setenta componiendo el ensayo titulado *Novelistas murcianos actuales*, editado en la Academia Alfonso X El Sabio, cuando topé con la obra de ambos, escritores que me apresuré a introducir en mi estudio del que excluí a otros muchos que no contaban, según mi criterio, con razones literarias para figurar en él.

Limitado a los años setenta ese trabajo, pero con entradillas sobre toda la obra anterior de los catorce novelistas estudiados, me ocupé de dos obras de Gregorio Javier (*Después de nunca* y *La bestia y el sol*) y de *Escuela de mandarines* de Miguel Espinosa, escritor éste último por el que siempre he guardado, y no quiero ocultarlo, una especial veneración, veneración que me persigue desde el mismo momento que leí su obra y conocí a la persona.

Desgraciadamente no ocurrió lo mismo con Gregorio Javier, autor al que no traté directamente. Por tanto mi acercamiento en esta tercera ocasión –la segunda se produjo con motivo de pronunciar una conferencia en el presente año sobre literatura caravaqueña– tan sólo se hará sobre referencias culturales y apoyos literarios, sobre las lecturas que he ido haciendo últimamente a fin de actualizar mi conocimiento de un escritor poliédrico que ofrece distintas posibilidades de interpretación, un hombre que vivió, como su tierra mestiza, en una encrucijada de fechas, estilos, influencias y temas.

---

<sup>1</sup> Villanueva Fernández. *Historia de la literatura en Caravaca*. Uned. 1992.



Cabe decir en un principio que la trayectoria del autor en apenas diez años de aventura literaria depara sorpresas que pasan por una novela biográfica, un arranque místico, una preocupación política y humanística, un planteamiento social y finalmente una reflexión sobre la naturaleza humana, aspectos que se hubieran podido ampliar ciertamente si el hombre no hubiera muerto en un estúpido accidente de circulación cuando Gregorio Javier tan sólo contaba 44 años de edad, escasa por cuanto desde siempre se ha considerado el terreno de la novela como fruto de la experiencia, campo propicio para quien ya está más sazonado.

Y todo ello en una época conflictiva que va desde el mundo existencial de los años cincuenta, al social de los sesenta, casi llegando a la complejidad de los setenta, cuando el arte ya no sólo es la historia de una narración sino la historia de una escritura.

Cuando empieza la carrera literaria de Gregorio Javier en 1961 con *Caravaca de la Cruz* (Editorial Pareja), en España se practicaba una poética de lucha y combate, una literatura de crítica y denuncia por parte de aquellos escritores que deseando modificar los esquemas políticos de un pueblo asentado en la dictadura desde 1939, cuando Franco se hace con el poder y establece duras y adversas condiciones para el derrotado en la contienda, confían en el valor de la palabra para transformar las estructuras de un pueblo.

Desde los años cincuenta se plantea, por parte del artista español, la difícil tarea de elegir entre el arte y la denuncia; la de hablar de la realidad que tiene delante o la de esquivarla. La Generación del Medio Siglo, la de aquellos hombres que vivieron la guerra civil cuando eran niños, pertenece a los que se llamó Generación Social por cuanto encaraban el arte desde posiciones no sólo estéticas sino también desde legítimas posiciones éticas.

Algunos de ellos (neorrealistas como Sánchez Ferlosio, Fernández Santos, Carmen Martín Gaité, Martín Gaité y Aldecoa) trataron, aunque fueran acusados de practicar literatura de la "berza", de hacer arte bien sin renunciar en sus textos a mostrar el decaimiento de la sociedad de la posguerra, la dura vida cotidiana en pueblos perdidos de la geografía española. Preocupados por la situación, otros llegaron más lejos y los Goytisolos, Salinas, Hortelano, optaron por impregnar su literatura de esencias políticas, claramente revolucionarias en un momento en el que la censura metía la tijera, las ediciones eran muy limitadas (había escasez de papel) y la literatura no caía en manos de obreros ni proletarios y, por tanto, sin poder aspirar a cambiar el sistema franquista.

Pero había otra literatura por esos mismos años que no se planteaba exponer las cuitas políticas ni la atrasada vida en las provincias, pueblos o aldeas de España. Era otra literatura que, brotando de las entrañas de la confusión y la turbiedad, se planteaba otra clase de parámetros, otra manera de encarar el hecho literario, unas veces por el lado metafísico, otras por el simbólico y hasta algunas por el escapismo, manera de no tener problemas con la censura, severa y rígida en aquellos días de los que hablamos. Gregorio Javier, nacido en 1929, por edad inserto en la llamada Generación del Medio Siglo, se inscribe, sin embargo, en una literatura personal,



tremendamente peculiar, que le hace mantenerse al margen del compromiso dialéctico que vivía la literatura española en aquellos duros momentos. Su compromiso pasa por sí mismo, por escarbar en su rica mina para explorar el oro que llevaba en sus venas, por trabajar en aquel hondón que le brotaba del alma y que pugnaba por salir brotando caudaloso de su corazón de noble reciadumbre. Y lo que encuentra delante no es otra cosa que la confusión del vivir de la gente y el misterio de la vida, lo extraño del vivir de los hombres, la naturaleza dual de su pueblo (cristiano y moro, religioso y pagano, duro y suave) y sobre todo la soledad, esa terrible soledad que aparecía, por ejemplo, en *La sombra del ciprés es alargada* de Miguel Delibes (cuyo protagonista vive obsesionado por la muerte) o por la inanidad que emana de una tierra muerta (tal como ocurre en *Nada* de Carmen Laforet), lo que ya de por sí nos haría encajar la primera fase de la producción de Gregorio Javier dentro de la amplia gama de narradores existencialistas (unos ateos y otros cristianos) que, a la sombra de las lecturas de Unamuno y Graham Green, fueron sembrando de textos subjetivos, personalistas y memorialistas esta época. Ni pertenece Gregorio Javier a la literatura social, la que pretendía cambiar el mundo a través de la palabra, ni se le puede clasificar como artista existencialista en su cabal dimensión, pese a lo enunciado con anterioridad. Tampoco podría incluirse entre los que fueron llamados el "grupo metafísico" en el que se integraban Carlos Rojas, García Viñó, Antonio Prieto, etc. En ocasiones, eso sí, aparecen conceptos de angustia que derivan hacia posiciones existencialistas, hacia apartados en donde predomina cansancio o duda. Pero su firme creencia la mantuvo desde el principio de su obra literaria (nacida con la esperanza de que brotara el milagro) hasta su mismo final, cuando en una novela policíaca diseña la figura de un asesino con nítidos perfiles de arrepentimiento y esperanza.

Tengo para mí que Gregorio Javier, aislado en su ciudad natal y en su refugio del Bollarín, lugar este último en donde remataba sus novelas, se lanzó a la literatura en 1961 sin saber ciertamente lo que se debatía en el complicado campo de batalla de la piel de toro. Por una parte, y conviene señalarlo, la mayor parte de la literatura que se hacía en aquellos momentos procedía de presupuestos laicos y paganos, bien opuestos al mundo católico, y contrarios a que el Estado mostrase su lado confesional en convivencia con la iglesia. Gregorio Javier puede ser considerado claramente escritor católico y hasta un tanto visionario, a la espera, como ocurre en la novela *Caravaca de la Cruz*, de que surja el milagro de que el pueblo recupere su joya sagrada, su Cruz, robada en período de preguerra, cuando triunfaba el Frente Popular, al que hace culpable de la infinita degeneración que sobrevino a su pueblo o a que sea Simón, el carpintero, el que redima a la aldea de la maldad del mundo.

Toda la obra de Gregorio Javier está transida de religiosidad, fervor y, tal como he señalado, de puro y misterioso misticismo. Si el niño Gogo vive sobre el fortín inexpugnable de la creencia y Simón, el carpintero de *Cristo y la sed* es, pese a su falta de estudios, un hombre que vive en permanente celo y atracción hacia el cura del pueblo, con el que mantiene conversaciones religiosas que, sin llegar a teológicas, nos hablan de conceptos clásicos como el concepto de culpa, remordimiento y el de la inocencia del hombre en la tierra. El tema de la caridad cristiana tan propicio a



estos lares teresianos y carmelitas, el de los remordimientos por los pecados cometidos, reaparecen en estas dos primeras obras que comentamos, plenas de carga humana y religiosa.

No podemos apartar la obra de Gregorio Javier de la órbita cristiana, de una literatura de claro mensaje evangélico, pero que no llega nítido del todo, no sabemos bien si porque no entendemos nosotros los preceptos, sea porque el artista nubla hasta extremos esa cosmovisión que se ha ido forjando en su ínsula literaria. El Gogo de *Caravaca de la Cruz* contempla el mundo en su infancia y despierta a un mundo de mal, tan pronto se apalea al cura, se roba la Cruz del castillo, se proclama la República y sobreviene la guerra, que no trae otra cosa que la muerte para Gonzalo, la prisión para su padre, el alejamiento para Francisco, la participación en actos republicanos de violencia por parte de Juan, personajes esenciales, hombres que merodean en torno a la figura de un niño siempre desconcertado por los acontecimientos que se precipitan en cascada. Podríamos decir que es la guerra lo que descompone lo que había sido una piña. El niño Gogo, sin madre, a la interperie, no hace sino mamar el amor que le proporciona ese nutrido pelotón de hombres que, por el azar, el destino y los trágicos acontecimientos bélicos e intrahistóricos, se van separando hasta llegar a desligarse del todo, como una fuente que ya no destila agua. El triunfo de los franquistas en la guerra, la entrada de los militares en Caravaca con los moros en la tropa, contado con toda clase de detalles que el joven escritor recordaría de su más tierna infancia o, y es lo más probable, por los recuerdos de sus mayores, posibilita el que se restablezca la armonía perdida, regrese Francisco, se libere a su padre y vuelva de nuevo la esperanza, perdida en un tiempo de brutalidad. El eje de la primera novela es la del personaje Gogo que cuenta su vida desde la Cuesta de los Poyos, al mismo tiempo que el de la ciudad en la que nació y vivió el joven Goyo, un niño anclado a un destino, a los atardeceres rojos de la ciudad, a la luna, a la vehemencia de sus sueños, llantos y pesadillas, al aluvión de hechos históricos y trágicos, a su vida. El individuo y la colectividad unidos a un eslabón esencial: la Cruz milagrosa. Y por sobre la ciudad, epicentro de la novela, la mítica Cruz caravaqueña que fue robada del Castillo y que es la que pone en juego la retórica complicada de un niño asociado desde el comienzo a la soledad, un niño entre hombres que camina entre densas nieblas y misterios sin resolver:

“Nuestra ciudad tiene un misterio de siglos encerrado en ella. Un misterio que brota de las tumbas y las piedras renegridas de sus iglesias, de las aceras de sus calles y de los sillares que forman almenas...”(p.9).

“La soledad me llenaba desde siempre, me cubría a casi todas horas, y a veces la música que ahogaba en su silencio me hacía llorar. Me miraba con frecuencia a las manos, no sé por qué y quería hallar en ellas algo que ni yo mismo podía explicar” (P.35). La relación Caravaca-Gogo es tan complicada como la que se establece entre el Pepillo de Castillo Puche y Yécula, o la del joven Azorín con aquella vieja y decrepita ciudad murciana que se llamó Yecla. Relación telúrica de afectos:



“Yo no supe entonces de quien había nacido, pero no me importó. Vivir para mí era querer a cuatro hombres, a una ciudad, a una Cruz que desde su almena me saludó llena de luz amarilla” (19-20).

*La ciudad de Caravaca de la Cruz* llena la obra, la completa y la novela no es otra cosa que el fervoroso mensaje y homenaje de amor que el autor le rindió a su pueblo. Rescatada en su historia y costumbres, analizada en sus ritos y calles, el autor lleva al lector de una parte a otra en un universo de conventos, iglesias, campanas, símbolos, creencias y leyendas que le han contado, ha vivido o se han manifestado en su ser interior, tan propenso a la meditación y al llanto, a la preocupación y a la rememoración.

Gregorio Javier hubiera podido caer en esa primera novela en la fácil tentación (o adulación) de ofrecer la imagen positiva de su pueblo natal, epicentro de su epopeya lírica y poética. Fácil le hubiera sido arrojar miel sobre un pueblo al que ama intensamente. Pero hábilmente esquivo el elogio y no cae en el fácil maniqueísmo de presentarla desde posiciones favorables. Recorre sus calles, sube al castillo, asiste a hechos que sin duda le habían contado y quiere atrapar el sentido último de un pueblo que vive en frontera, entre la mística y el paganismo, la bestialidad y la razón, el amor y el odio, aspectos sobre los que ha ido continuamente elaborando y que son los motivos fundamentales de su obra literaria. Parece girar una y otra vez sobre el misterio que merodea en torno a un pueblo dividido, bifurcado en un punto de la historia de España. Y, aunque se inclina por la causa nacional, el narrador en tercera persona aporta valores positivos de gentes que militaron en su día en el frente republicano.

Se trata de la primera obra de un artista que se lanza a una aventura desmesurada, cual romántico que era en ese momento: atrapar ni más ni menos que la historia y el alma de su ciudad a través de los siglos, el sonido de sus campañas, el latir de un pueblo en los días en los que se imponía la tragedia y la muerte, la lucha de clases y de credos. Y el niño, confuso en su recorrido, registra los latidos de la vida que se le echan encima. Todavía sin depurar, como una fontana de la que emana materia líquida, vive con pasión y violencia todo aquello que va brotando del manantial agitado por el destino.

Gregorio Javier arrancó con fuerza desorbitada, con una energía que se llevaba por delante tanto lo misterioso como lo histórico, las costumbres y la fantasía, los sueños y la realidad de un pueblo que iba a vivir una de las experiencias más traumáticas de la historia de España. Hombres, recuerdos, leyendas y sucesos se engarzan en esta primera novela que todavía por hoy nos sorprende en su robustez.

### **El Cristo y la sed**

*El Cristo y la sed*, segunda obra de Gregorio Javier, fue publicada por Plaza y Janés en 1963, y es la obra más lenta y parálitica de toda su producción literaria, sin prácticamente trama ni argumento propiamente dicho, bien que pudiera ser considerada en sus primeras páginas como una obra realista, de ambientación costumbrista.



Una de esas piezas que nos hace pensar en el tormento interior —no pocas veces se habla de la locura a lo largo de la obra— de un artista que vive sumergido bajo la densa atmósfera de culpa de Simón, un carpintero sobre el que recae el difícil peso de ser verdugo de Cristo, profeta, redentor de los hombres, representante de Dios en la tierra, el elegido para transformar una aldea, unos hombres y una tierra (p. 122), si no el Dios mismo encarnado en el carpintero. La tortura de Simón, la serie de reproches al pueblo, a las gentes, al mundo, parece denunciar la situación de hipocresía de un pueblo que le vuelve la espalda a Dios y limitándose en sus actuaciones a un conjunto de ritos sin fundamento.

El comienzo de la obra, inserto en un espacio mínimo de una aldea alejada, se abre con la aparición de un carpintero (Simón) al que le llevan el cuerpo de un suicida (suelen ser habituales las referencias en toda la producción literaria de Gregorio Javier a ellos) poco antes de trasladarlo a su casa, poco antes asimismo de que llegue el sacerdote (Miguel) con el que establece relaciones dialogadas de cuño religioso. Lo que pronto aparece como literatura tremendista y morbosa, a la manera y modo del viejo Cela de *La familia de Pascual Duarte*, se va transformando poco a poco en una literatura de carácter enteramente religioso sobre la condición del hombre en la tierra, la barbarie de la masa (no sé si como referencias al espíritu orteguiano) y al papel de Simón, el carpintero, en este mundo: “Pero de pronto el viejo se detuvo, contemplándose las manos pálidas, arrugadas e inútiles. Y arrojó con furia el libro sagrado sobre la tierra, sobre el surco en donde quedó abierto. Porque descubría algo monstruoso dentro de su carne. Porque él no era más que un loco sobre aquella estúpida tierra...Un pobre hombre nunca podría redimir. Nunca. Y menos un viejo e inútil carpintero” (p.130).

Y todo ello en una obra de carácter irreal, absolutamente desarraigada de la tradición realista, henchida de imágenes de la crucifixión y muerte de Jesús, con un léxico despegado de la vida corriente y moliente, guiado todo por un raro y alucinado narrador creador de símbolos de rara revelación.

Mucho me gustaría aclarar si tales personajes funcionan como símbolos (Miguel podría ser representante del poder espiritual de la iglesia, Simón la conciencia lacerada de la existencia del hombre en la tierra y el elegido por Dios para reponer la armonía en el mundo; Bartolo, el tonto que pasea un cencerro por las calles, la ignorancia total y el resto de las gentes, símbolos del vivir al margen de la gracia de Dios, pueblo que vive en el robo, en el suicidio, en el crimen y en la inmoralidad, tal como dice en la página 127), pero serían símbolos de difícil definición, especialmente para los que carecemos de formación teológica.

No pretendo indagar en las cuestiones teológicas, aunque sería conveniente que fuera analizada desde parámetros distintos al hecho literario; pero cabe señalar que son escasas las referencias narrativas y descriptivas de esta obra difícil, sumamente compleja, de objetivos no tan claros desde mi punto de vista sobre los del resto de su producción. Una obra que, como dice la novelista Dolores Medio, amiga personal de Gregorio Javier, coincide en su aparición con otras obras y novelas de ese tiempo que hablaban de esa sed de Cristo, en un retorno a la búsqueda de su Verdad:



"*Cristo habló en la montaña*, de Alperi y Mollá, y *Cristo en Torremolinos de Souvirón*". Y yo añadiría la influencia de Unamuno, el de *San Manuel Bueno*, en la que también aparecen figuras de tanta prosapia literaria como el cura que no tiene fe, la seglar que ve más allá de la realidad y hasta el tonto que pasea la calle sin saber qué cosa sea el existir del hombre en el mundo.

La relación que se establece entre el carpintero Simón y el cura Miguel no pertenecen, como queda dicho, al orden realista ni abordan cuestiones de carácter lógico ni humano ni se interesan por las cuestiones sociales de una tierra abandonada, al margen de los tiempos. Muy al contrario, se margina el autor de las actividades humanas de una población alejada de la urbe, de los problemas sociales del campo a los que alude en alguna ocasión, para adentrarse en territorios de inocencias y culpas, maldiciones y ajustes bíblicos que, al mismo tiempo que dramatizan el discurso, desembocan en una obra que se abre a la alucinación, cuando no a los caminos de la mística: "Pero los hombres sólo sabían de la tierra, de las cosechas que se pierden, de los hijos que mueren y la pasión de la carne a la que se agarraban con desespero. No conocían a Dios. No sabían despertarlo, arrancarlo con vida de sus corazones muertos. ¡Y allí él mismo con la palabra de Jesús entre las manos sin saber qué hacer con ella!" (p.128).

Atormentado por el pecado, por la presencia del hombre en la tierra, Miguel y Simón no proceden de manera natural ni se expresan de manera coloquial. Tampoco sus abundantes diálogos (hay pasajes enteramente behavioristas) ayudan a entender el ambiente fantasmagórico de una aldea seca (metáfora de la culpa y el pecado). Tampoco las reacciones posteriores de los aldeanos de esa pequeña comunidad que alberga a esos dos personajes principales nos proporcionan grandes satisfacciones de carácter literario. Sin personajes humanos, desnuda de referencias, sin trama propiamente dicha, sin argumento objetivo, no me atrevo, aunque lanzo el reto, de que pudieran ser los primeros restos de un fervor católico, los que le impulsaran a moldear esta novela con los problemas candentes que dimanaban del existencialismo cristiano entremezclado, como digo, con los ardores de la subjetividad personal.

Pero debo hablar de las particularidades que existían en aquella época anómala y atípica en donde el autor podía ser mal encarado por una censura que evitaba tanto el material político como el presumiblemente heterodoxo desde un planteamiento moral y que rehuía a los protestantes. ¿Evitaba Gregorio Javier, escritor enteramente católico, reflejar más claramente las posiciones de gentes que tenían dudas religiosas? ¿Podía ser un alegato contra la falsa religión del pueblo, ayuno de puras creencias? ¿Va contra la religión convencional, de ritos, que no se correspondían a los inexistentes sentimientos religiosos? ¿Es una apología de la cristiandad (enteramente vivida por Simón) que zahiere a la masa que no siente con arraigo tal vivencia?

Esas y otras preguntas cabe hacerlas de una obra que precisa de un estudio teológico, de una mirada desde posiciones distintas a las mías, simple anotador de hechos y técnicas literarias. Ahora bien, con estas y otras consideraciones bien vale acercar al combativo autor a planteamientos intelectuales, densamente espirituales y



religiosos que, teniendo en cuenta su formación autodidacta, no sé si resuelve de manera apropiada. Tan sólo añadiré que el artista se ha ido formando un mundo propio, un universo en donde se ha de tener en cuenta la soledad del hombre en la tierra, la conciencia de culpa, el sudor y el sufrimiento de la persona, el grito estridente de los personajes en la novela.

## Siglo XX

De 1965 data *Siglo XX* (Oviedo), una novela que obtuvo ese mismo año el VII Premio Gabriel Miró que concedía el Ayuntamiento de Alicante, premio que ha recaído en numerosos murcianos a lo largo de su dilatada travesía. La obra, editada por Ediciones Marte de Barcelona, supone una vuelta de tuerca en el universo narrativo de Gregorio Javier, un giro que podemos calificar de espectacular en su trayectoria literaria. El autor, que se había arrancado en su ópera prima con una novela de ambientación pueblerina, limitada a la biografía espiritual de un niño sumido en el desconcierto de las nieblas y en la confusión de la contienda, remonta el vuelo y viaja a lejanos confines del planeta; el autor, que, seguidamente, buscó una aldea apartada, sedienta, a fin de tratar la limitada condición del hombre en la tierra, se lanza a la aventura de viajar por numerosos países, épocas y estadios, para construir un relato muy distinto a todo lo que había ofrecido hasta el momento. Casi como si tratara de un escritor nuevo, de no mediar la preocupación humana, eje que vertebra toda su producción.

*Siglo XX* rebosa, como decimos, cosmopolitismo, universalismo, ansias de penetrar en historias situadas en tierras muy distintas, con motivaciones muy diferentes entre sus personajes. Y se lanza a la escritura desafiando fronteras, recorriendo geografías variadísimas, historias que han vivido y sufrido pueblos tan dispares como el chino, el ruso, el americano o el francés, sin que se acaben aquí todas las nacionalidades que aborda en esta obra unificada por la presencia de personajes jóvenes que atesoran ilusiones y llevan en su pecho anhelos de libertad, bondad o proyectos de vida; proyectos que, como veremos, se van frustrando de manera mecánica y cruel. La obra es una nueva novela larga y lenta, con el estilo de un escritor ya mucho más hecho, cuajado, en sintonía con un mensaje amplio; un escritor que luce más galas retóricas, atiende mucho más funciones y aborda con mayor realismo situaciones y posibilidades vitales. Cada capítulo de esta novela, sin embargo, hubiera podido funcionar como autónomo y tener lectura independiente ya que la acción de cada apartado transcurre en espacios muy alejados entre sí y cuenta con personajes de muy distinta condición humana y social.

Gregorio Javier, que se había deslizado por estratos concretos como los de Caravaca o el Sabinar en las obras anteriores, se remonta en *Siglo XX*, como si viajara en Concorde, a París, Londres, Nueva York, Rusia, China y Alemania asentando a sus héroes en grandes urbes, capitales de naciones, en ciudades deshumanizadas o pueblos en donde viven los protagonistas de esta historia en la que coinciden todos, como queda dicho, en ser jóvenes y en su final trágico ya que todos acaban muriendo, suicidados o asesinados.





La preocupación humanista que siempre le acompañó le hace narrar seis historias distintas, ambientadas en lugares distintos, pero con similar final. Y las seis historias, se ven precedidas de un capítulo inicial en donde señala apocalípticamente sus temores ante un siglo envilecido, marcado por el protagonismo de los valores materiales, un mundo en clara degradación, corrompido, sin interés por los valores espirituales y religiosos, siempre presentes estos últimos en todos los capítulos, incluidos en aquellos, como los rusos, los chinos o los ingleses que no pertenecen al credo católico.

Es la obra más ambiciosa del autor por cuanto aparta de sí lo meramente subjetivo para acercarse a la realidad supranacional de un universo amenazado por la angustia o la deshumanización, la fragilidad de las relaciones humanas o la condición moral de las gentes que habitaban un planeta en un momento concreto de la historia. Es la más documentada por cuanto en cada uno de los apartados, el artista va dando cuenta de la situación política de cada país, de su historia o del momento social, circunstancia plenamente ausentes en sus dos primeras obras, más etéreas.

Queda claro que vehemente y visceral anticomunista, Gregorio Javier, que escribe en momentos de la llamada "guerra fría", bajo la permanente amenaza de la guerra atómica y la división en los dos grandes bloques que ha perdurado hasta hace unos pocos años, con la destrucción del muro de Berlín, descubre espías soviéticos en las sociedades inglesas, china y alemana y, sin embargo, cuando trata la figura de Nikolai, el único ruso de la serie, aparece como un arrepentido de la utopía socialista, otra víctima de un sistema fatalmente engrasado para acabar con el hombre (p.34). Un pueblo corroído por la vileza, amordazado, un pueblo sometido al yugo y al terror, circunstancias que el narrador omnisciente marca con mucha intensidad. Culpable, sin esperanza, Nikolai sería la historia de un desencanto social, de un desengaño político y, vista desde la perspectiva actual, la historia de un fracaso.

El suicidio de François en la alegoría francesa es de carácter sentimental. El joven regresa a París, tras un periplo, dispuesto a encontrar a su amada, a la que descubre ejerciendo de prostituta, con otro hombre, lo que le lleva fatalmente a la muerte, circunstancia que se repite de manera sistemática en cada una de estas narraciones, imbricadas por la idea de la soledad del hombre en la gran ciudad o la disolución de los sueños individuales en contacto con la colectividad en la que habitan. París, ciudad que bien podía conocer el artista caravaqueño, es presentada en este apartado, probablemente con más seguridad y garantía que el resto de las urbes. Se citan, como en las otras historias, pasajes de su pretérito e historias, calles, plazas, monumentos en ese pequeño viaje que todos los jóvenes hacen antes de sucumbir a los encantos de la culpa.

La tercera historia transcurre en Inglaterra, con Larry en el seno de una familia aristocrática, en contacto con la clase política. Tras la peripecia habitual, el personaje saca a relucir ese pozo de amarga existencia que corroe la interioridad de los jóvenes sin horizonte, sumergidos en la zozobra o en el insomnio y, sobre todo, en un mundo sin Dios. El clima navideño de muchos de estos relatos acentúa la melancolía y tristeza de estos seres dislocados que acaban con sus cuerpos flotando en costas lejanas, circunstancia que es compartido en todas las historias.



James es la historia del negro marinero americano en la mole espesa de una Nueva York atrapada en sus calles, en sus avenidas, edificios y rascacielos, en su inmensa desolación. Asesinado por tres blancos en el mismo puente de Blooklyn, James es nuevamente la historia de un hombre que solo en la ciudad, regresa al viejo redil de la iglesia, bien que sea para hablar de la purificación de las almas, pero que tiene tiempo para ocuparse del mundo de la droga. Circunstancia que se repite en la aventura de Chang, en Shanghai, cuando decide ir a la búsqueda de su hermano, un joven descarriado que se había desligado de la familia.

La última historia, centrada en el berlinés Kurt, recoge una historia de amor y libertad. Visitante en Praga (a la que también describe) decide pasar el muro de la vergüenza para recobrar la libertad y unirse a su amada.

Inserta Gregorio Javier en estos cuadros internacionales muchas de las costumbres y de las formas de vida de los países que trata, (lo que le obligó a documentarse concienzudamente), pero prevalece por encima de todo la lucha interior de unos jóvenes acosados por no importa qué circunstancia. Y es que el artista buscaba la dramatización de conflictos de una juventud que se debatía entre las manos sucias de Jean Paul Sartre, la ética camusiana, o la búsqueda de algo que diera consistencia y sentido a la vida. Se aleja en estos momentos de la apologética de *El Cristo y la sed*, para entrar en terrenos que tratan de condenar a las sociedades hipócritas (las europeas) o falsas (como Rusia y China). Salvo la angustia de la finitud humana, Gregorio Javier, que ha entrado en los terrenos de la gracia divina, aspira a defender la dignidad humana.

Hay toques de Bernanos, flecos de Graham Green, ecos de todos esos autores que por los años cincuenta y sesenta se planteaban la presencia y ausencia de Dios en sus novelas, la crisis de la conciencia humana o la monotonía que proporciona la sociedad del bienestar que no satisface las aspiraciones de todos los hombres. Así que volvemos a hablar de ese hondo sentimiento católico que impregna toda su obra, bien que de tiempo en tiempo haya ramalazos de angustia, sombras, dudas unamunianas, incertidumbres e incluso, como veremos en *Después de nunca*, total ausencia de Dios en un personaje.

### La bestia y el sol

Novela breve, obtuvo el premio de novela corta Ateneo de Jovellanos de 1969 y fue publicada por la editorial Richard Grandío de Oviedo y lleva una dedicatoria: a "José Luis Benitez, el Gaditano, que vivió esta historia", lo que nos pone en antecedentes de que trata en esta ocasión de una historia vivida por un personaje real, convertido como veremos, en protagonista. Tal como ocurre en *Los clarines del miedo* de Ángel María de Lera, con el que lo comparé en su día en mi ensayo *La narrativa breve de autor murciano* de 1985<sup>2</sup>. Lo que le interesa es retratar un ambiente taurino en una pequeña aldea, narrar la aventura de dos jóvenes que

<sup>2</sup> Jiménez Madrid, Ramón. *Narrativa breve de autor murciano*. Editora Regional de Murcia. 1985.



persiguen la gloria en la llamada fiesta nacional, el signo trágico que les acompaña y la antítesis vida-muerte que generalmente acompaña estas composiciones, en donde es presumible y frecuente que salgan a relucir presentimientos y augurios, tal como ocurre en los relatos clásicos.

La aventura de El Gaditano y Antonio Mairena –un impostor por cuanto ha suplido al Huracán– se desarrolla en el Sabinar, pedanía caravaqueña que es descrita como seca, áspera e inhóspita, y se desarrolla en el día de San Bartolomé, día de la fiesta taurina en la que participan los dos novilleros citados, enrolados por un tal don Miguel que, casi a la fin del relato, se fugará de la aldea con el dinero recaudado, abandonando a su suerte a los dos jovencitos.

Pieza aristotélica, la acción de la obra no llega a las 24 horas de un día. Los muchachos llegan a la aldea, pasean las calles de un pequeño pueblo en fiestas (no deja de ser curiosa la atracción del escritor hacia los puestos de turrón), son alojados en una modesta pensión en la que descansan (mientras sueñan con la fama, dialogan e intercambian sus vidas y en donde el narrador, con breves giros al pretérito, recompone sus historias), se visten de luces y se trasladan al ruedo en donde vivirán, en medio de carros y tablados, la fiesta del triunfo taurino (Gaditano) y (el falso Huracán) la cornada, que le supondrá la muerte.

Una novela que comienza con el fuerte sol de la juventud (otro símbolo que maneja adecuadamente) y acaba en la noche, abandonados por el empresario, cuando fallece Antonio y el Gaditano, con la experiencia acumulada, se lleva en los dientes y en el alma la lección de brutalidad que ha contemplado. Por eso, en el citado ensayo, hablé de dos muertes: la física en la ficción del falso Huracán y la espiritual del Gaditano, joven ansioso de gloria y con ideales, descompuesto ante la irreversible presencia de la deshumanización de la masa fiera y ajena al dolor humano.

Novela costumbrista, recoge el aliento de una tierra seca y dura, en donde emigran las gentes a otras latitudes, mientras esperan el regreso sus madres, algunas de ellas, como la loca que visita a los torerillos en la pensión, cobra cierta relevancia en esta novela de ritmo mucho más vigoroso que todas las anteriores. Novela de apuntes sociales en la que Gregorio Javier no se entretiene en consideraciones religiosas ni en mensajes católicos. Mucho más humano y cotidiano, a ras de suelo, con sentido hondo de la fiesta taurina y con florido conocimiento de este arte, despliega su mejor técnica descriptiva y narrativa justo en el tema que parecía más superficial.

Es la más sencilla de sus obras, la más realista y la que mejor se adecua a los presupuestos de índole social a los que hemos aludido con anterioridad. Se sale del marco existencial, abandona el clima católico y metafísico para indagar en esa masa perdedora que no logra alcanzar la tan anhelada fama. Pero su bajada a las cuestiones sociales no se hace en modo alguno desde planteamientos proletarios. Su fin, al tratar a personajes de baja condición social, es el penetrar en el sufrimiento humano, en la soledad del torerillo que no se alza con el triunfo. En la tragedia del hombre radicalmente solo, en medio de los gritos de la masa y el olvido de todos.



### Después de nunca

Publicada póstumamente en 1976 supone –hasta que no vea la luz todo lo que todavía permanece inédito y sabemos que existe–, la obra más importante desde el punto de vista literario en el quehacer estético de un hombre que había nacido a las letras impulsado por una irresistible atracción hacia el campo moral y ético, propulsado por una gran fuerza interior que le llevaba a trasladar al papel la temperatura religiosa de su alma.

En *Después de nunca* (Ediciones Picazo) hay personaje, psicología, trama lenta, argumento propiamente dicho, mundo concreto y un mensaje más ambicioso que en otras obras en las que laten con más entereza los recuerdos (como fue el caso de *Caravaca de la Cruz*), la sed de la fe religiosa (*El Cristo y la sed*) o las ilusiones taurinas (*La bestia y el sol*).

Después de nunca tiene como protagonista a un joven negro, francés de nacionalidad y africano de origen, que acaba de matar a su padrastro que lo odiaba y se encuentra, empujado por circunstancias, con un grupo de muchachos que van a hacer ejercicios religiosos, comandados por el padre José, a un lugar apartado del Pirineo. Allí encuentra a Javier, un joven escritor, que le conducirá finalmente a su casa, conocerá a sus padres y convivirá una larga temporada con la hermana de quien se enamora.

El amor a la cruz, a Dios y a la verdad, de las obras anteriores, se abre ahora a un ramillete nuevo de flores que van brotando al hilo de la novela: ¿Tiene derecho un asesino al amor? ¿tiene un criminal posibilidad de hallar el camino que le conduce a un nuevo mundo? ¿Puede un ser rabioso y abrumado por problemas de toda índole convertirse a la verdad, a la fe y a la esperanza en el mañana? ¿Debe aceptar el cariño que le proporcionan los diversos miembros familiares que, salvo Javier, desconocen la vil acción que había cometido? Esta y mil preguntas que hubiéramos podido formular, nos llevan a un Gregorio Javier menos aferrado a lo teológico, menos agazapado en su universo religioso, bien que preconice finalmente la esperanza a quien había sido perseguido por el fatalismo y el drama.

La obra, detallista y minuciosa, nos permite ver el enorme avance que supone esta obra en un autor que es capaz de mirar al paisaje cara a cara, un buen retratista de estirpe clásica. Y nos permite disfrutar de cómo va dibujando, al mismo tiempo que el color del paisaje pirenaico, el universo interno de un fugitivo, el miedo que fluye en la fontana de quien no había conocido, aparte de cuatro evocaciones maternas, el calor del hogar, el don de la amistad, el júbilo de la libertad, el placer de una buena conversación, la tranquilidad de la vida en su dramática existencia.

Cual suele ser tónica, insiste Gregorio Javier en su caracterización religiosa –el héroe, pese a su formación pagana y laica, se mueve por los parámetros de la salvación humana, el mundo del pecado, la conciencia de culpa y los remordimientos–, pero deja más libre a su héroe caminando por el mar de la inquietud que, en algún momento, lo hubiera podido conducir al mismo suicidio. Ha llegado tarde al cariño y desprendimiento de los padres, al amor humano (con atrevidas escenas en



las que se menciona el carne a carne, el beso en la boca de Verónica, la hermana de Javier) y a la posible felicidad que se presenta de improviso, cuando está siendo acorralado por el círculo policial, y no puede disfrutar de la dicha que en la mano se le ofrecía. Ese es el título, ese *Después de nunca* que, contrariamente a lo que parezca, acaba con una afirmación, no como una tragedia.

Gregorio Javier, y ya dejó constancia extensa en *Narradores murcianos actuales*<sup>3</sup>, estaba alcanzando sus momentos estelares, era capaz de ir desprendiéndose de la carga retórica que introducía tanto en sus mensajes como en su prosa, y buscaba desnudar al ser humano en su más absoluta radicalidad.

Henri, el mulato, pese a algunos aspectos sensibles, es el personaje más importante que haya creado Gregorio en toda su obra literaria, el que más carga de verosimilitud acarrea.

Quede claro, pues, ahora que acabamos, que Gregorio Javier se inició pronto en la escritura y que apenas cuando contaba con experiencia, se estrenó con un acto de amor hacia su tierra a la que consideró por encima de todo símbolo de una fe. Como homenaje, historia y explicación, insistió en una visión cristiana y redentora de la existencia y en un tiempo de connivencia entre iglesia y política, optó por reflejar limpiamente su credo ortodoxo, aunque admitiera la posibilidad de poder vivir fuera de la creencia. Si comulgó con el aparato oficialista, también se acercó a los estratos sociales al presentar anónimos torerillos, seres marginados y perseguidos por la fatalidad y el destino.

Con temperatura moral, ética, idealista, filosófica y religiosa fue, paso a paso, fabricando su modelo literario que recogió registros costumbristas, muecas de la literatura existencialista y restos de la escuela metafísica, sin desdeñar, como queda dicho, la cuestión social. Muerto a los 44 años, en plena juventud, y cultivando un género que precisa experiencia y cosmovisión, no es poco lo que logró en el breve tiempo que le tocó vivir.

---

<sup>3</sup> Jiménez Madrid, Ramón. *Novelistas murcianos de antaño*. Academia Alfonso X El Sabio. 1982.

